

NUNCA LA CRUZ SIN JESÚS, NI JESÚS SIN LA CRUZ

San Luis María Grignon de Montfort (1673-1716) es especialmente conocido en la Iglesia por su "Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen", tratado que cuenta con más de trescientas ediciones en muchos idiomas. En ella expresa su experiencia espiritual, enfatizando fuertemente, en la línea de la Encarnación Redentora, la orientación cristológica de toda la devoción a María. Nos invita a hacer "la perfecta consagración de nosotros mismos a Jesucristo a través de las manos de María", y lo compara con "una perfecta renovación de los votos y promesas del Santo Bautismo"... (VD 120) (1). Su "Tratado de la Verdadera Devoción" se aclara consultando sus otros escritos, especialmente "El Amor de la Sabiduría Eterna", y más aún a la luz de toda su vida.

Su vida fue la de un cristiano y un sacerdote apasionado por Jesucristo. El Papa Clemente XI le confió la evangelización del pueblo y de los niños, en perfecta sumisión a los obispos, y se dedicó enteramente a esta tarea hasta su muerte a la edad de 43 años, a través de misiones parroquiales, catequesis, retiros, etc. Prestó especial atención a los pobres, dedicó un tiempo considerable a la oración y escribió breves "tratados" y numerosos cánticos para uso de los fieles.

La cruz, en sus muchas formas, fue la compañera inseparable de su vida. Su predicación era perturbadora y le creaba enemigos. Se denunciaba su celo intempestivo. Como resultado de informes injustos o calumniosos, fue prohibido o rechazado en siete diócesis, aunque siempre quiso ser fiel a las directrices de los obispos. Tres años antes de su muerte, escribió a una de sus hermanas: "Si conocieras mis cruces y humillaciones al detalle... Nunca estoy en un país donde no dé una pizca de mi cruz para que la lleven mis mejores amigos, a menudo a pesar de mí mismo y de ellos. Siempre sobre espinas... Soy como una pelota en un juego de pelota: basta que uno la empuje hacia un lado para que otro la empuje hacia el otro. Así es como he estado, implacablemente y sin descanso, durante trece años... "(es decir, desde que se convirtió en sacerdote). (C 26).

Consideraba que las pruebas eran inherentes a toda obra de Dios: "Una empresa... gloriosa para Dios y... beneficiosa para el prójimo debe estar sembrada de espinas y cruces" (C 27). También lo vio como una condición para la fecundidad apostólica: "Nunca conseguí tantas conversiones como después de las prohibiciones más sangrientas e injustas" (C 26). Sobre todo, sabía que el discípulo de Jesucristo está llamado a seguir los pasos de su único Maestro, en el mismo camino que Él.

En su "Carta Circular a los Amigos de la Cruz" (una asociación fundada -entre otras- para prolongar los resultados de sus misiones), nos recuerda que el título "Amigo de la Cruz" "es el nombre inequívoco de un cristiano... ¡Qué gran nombre es...!... (AC3). Luego comenta largamente Mt 16,24: "Toda perfección cristiana... consiste en 1. querer hacerse santo: si alguno quiere venir en pos de mí; 2. abstenerse: que se renuncie a sí mismo; 3. sufrir: que cargue con su cruz; 4. actuar: y seguirme" (AC13).

Para Montfort, las pruebas y los sufrimientos son una señal de que el Padre piensa en nosotros y que nos ama. Como **"escolares de un Dios crucificado"**, debemos, como Jesucristo, realizar nuestro aprendizaje. Templos del Espíritu Santo, debemos dejarnos esculpir y cincelar para ocupar el lugar que nos corresponde en la construcción de la Jerusalén celestial (cf. AC 25, 26, 28).

Sea cual sea la forma en que aparezca en la vida del cristiano, la cruz debe ser acogida como **"el gran secreto de Dios"**. "Si uno lo entendiera, haría que se dijeran misas, novenas y peregrinaciones para obtenerla" (AC 35).

Pero entenderlo no es fácil. Requiere una gracia especial de Dios y una larga práctica. ¿No es la Cruz de Cristo "el mayor misterio de la Sabiduría Eterna"? (ASE167). Jesucristo, la Sabiduría Eterna se convirtió

en la Sabiduría Encarnada y Crucificada. Eligió la Cruz, se casó con ella, se identificó con ella, formó un vínculo indisoluble con ella (cf. ASE 170-172, 190). Imposible encontrarlo de ahora en adelante por otros caminos. "Nunca la cruz sin Jesús ni Jesús sin la cruz" (ASE172). "La verdadera Sabiduría (Cristo)... habita tanto en la Cruz que no la encontrarás fuera de ella en este mundo, e incluso se ha incorporado y unido tanto a la Cruz que puede decirse en verdad que **la Sabiduría es la Cruz y la Cruz es la Sabiduría**. La Cruz, por lo tanto, ya no es locura, ignominia o escándalo, sino que se convierte en la sabiduría suprema por elección divina y condena definitivamente las falsas sabidurías humanas miopes (ASE 80-82).

Como San Pablo, Montfort quiere "no conocer más que a Jesucristo y a Jesucristo crucificado" (1 Cor 2, 2). Invita al cristiano a vivir en coherencia con su bautismo, adhiriéndose a la misma sabiduría de Dios. Puesto que las promesas del bautismo son un reconocimiento personal de la pertenencia a Jesucristo (cf. 1 Cor 6, 19) y una decisión consciente y libre de seguirlo en su misterio pascual, las renueva con estas palabras: "Me entrego enteramente a Jesucristo, por las manos de María, para llevar mi cruz siguiendo sus huellas todos los días de mi vida". Es el "Contrato de Alianza con Dios" que hace firmar a los participantes al final de la misión. El bautizado es invitado a comulgar en los esponsales místicos de la Sabiduría Encarnada y de la Cruz. Siendo él mismo desposado por Jesucristo en el bautismo (C 27, 11), cuanto más íntima es su unión con Cristo, más se arraiga la Cruz en su corazón. Incorporado a Cristo, habiéndose convertido en uno de sus miembros, si se negara a sufrir sería como si fuera un desnaturalizado "Sería un monstruo inaudito. (AC 27).

Aquel que ha encontrado a María por una verdadera devoción se ve acosado por cruces y sufrimientos, más que ningún otro "porque María, siendo la Madre de los vivientes, da a todos sus hijos pedazos del Árbol de la Vida y de la Cruz de Jesús" (SM 22). De esta manera, hace que "sus mayores favoritos" se beneficien de "las mayores gracias y favores del cielo" (VD 155). Pero, señala Montfort, al compartir su experiencia y añadir un poco de humor, "al tallarles buenas cruces, les da la gracia de llevarlas con paciencia e incluso con alegría, de modo que las cruces que da a los que le pertenecen se parecen más a mermeladas o a cruces confitadas que a cruces amargas" (SM 22).

"Sólo Jesucristo puede enseñarte y hacerte gustar este misterio por su gracia victoriosa" (AC 26). Debemos, pues, pedir esta gracia, "pedir la Sabiduría de la Cruz, que es una ciencia sabrosa y experimental de la verdad..., pedirla incesantemente y con fuerza, sin vacilar, sin temor a no obtenerla". Entonces uno la obtiene "inevitadamente" y ve "claramente, por experiencia, cómo es posible que uno desee, busque y pruebe la Cruz" (AC 45).

Al final, no es la cruz lo que buscamos por sí misma, sino a Jesús crucificado, que "renunció al gozo que le correspondía... y soportó la cruz" (Hb 12,2), que asumió todo el sufrimiento humano (Is 53,4), físico, moral, espiritual, añadiendo "a todos sus tormentos el más cruel y terrible de todos, que fue su abandono en la cruz, cuando gritó: 'Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has dejado, por qué me has abandonado?' (ASE 162; cf. Mt 27,46)

Si Dios eligió el camino de la cruz para salvar a los hombres, fue para "darles... un testimonio de un mayor amor" (ASE 164). "Jesucristo mostró su amor por nosotros al morir por nosotros cuando todavía éramos pecadores y por lo tanto sus enemigos" (ASE 156; Rom 5, 8-9). "**Qué exceso de caridad** nos hace ver en este misterio" de su sufrimiento (ASE 155). Si hay un exceso, es antes que nada por parte de Dios...

También es el testimonio que Dios espera de nosotros para mostrarle que lo amamos. "La cruz es buena y preciosa... porque nos hace como Jesucristo..., porque es, cuando se lleva bien, **la causa, el alimento y el testimonio de amor**. Enciende el fuego del amor divino en el corazón al separarlo de las criaturas. Mantiene y aumenta este amor; y, como la madera es el alimento del fuego, así la cruz es el alimento del amor". (ASE 176).

Escribiendo a una monja del Santísimo Sacramento, Montfort la animó con estas palabras: "Tu alma lleva una gran cruz, ancha y pesada. ¡Oh! ¡Qué felicidad para ella! Que tenga confianza en que si Dios sigue haciéndole sufrir... Es la prueba de que ella es verdaderamente amada. Digo con certeza, porque la mejor señal de que uno es amado por Dios es cuando uno es odiado por el mundo y asediado por las cruces" (C 13).

También insiste en el tacto y la delicadeza de Dios al proporcionar las cruces según nuestra debilidad (ASE 103). Cada uno recibe "su cruz y no la de otro, su cruz que he tallado para él de una parte de la cruz que llevé en el Calvario, por efecto de la infinita bondad que tengo para él" (AC 18).

Las cruces bien llevadas producen alegría en el alma, una alegría que supera a todas las demás. Son "un delicado pedazo de Paraíso" (ASE 177) porque "a través de ellas estamos unidos a Dios solo, nuestro centro y nuestro fin" (2). El triunfo de la Cruz no es puramente escatológico; se manifiesta aquí en la tierra a través de la paz interior y la experiencia íntima de la dulzura de Cristo.

Así podemos comprender los votos que hizo Montfort el 31 de diciembre de 1715 para la Comunidad de la Sabiduría de La Rochelle: "Os deseo un año lleno de luchas y de victorias, de cruces y de pobreza y de desprecios" (C 32).

Al erigir solemnemente un calvario al final de cada misión, como al hacer que los cristianos veneren el crucifijo, Montfort no tenía otro objetivo que despertar o mantener un gran amor por Jesús crucificado. Al recordar el compromiso de Dios con la salvación del hombre y su inmenso amor, manifestó la evidente necesidad de que los bautizados llevaran su cruz cada día, siguiendo a Jesús.

Un día, en su parroquia natal, donde le había precedido su reputación de predicador, Montfort subió al púlpito, se arrodilló y, sin decir una palabra, tomó su crucifijo, lo contempló detenidamente y se echó a llorar. Bajó del púlpito, aún sin decir una palabra, y se lo presentó a todos para que le dieran un beso. Todos se conmovieron y se arrepintieron; el objetivo se logró. (3).

Al principio de su ministerio, planeando fundar una congregación de monjas, él mismo coloca una cruz de casi dos metros de altura en la sala del hospital donde se admiten las primeras candidatas, en la que escribe todo un programa de vida y formación exigente.

Tres semanas antes de su muerte, a los responsables de un hospicio que deseaban ampliar el alcance de su obra, escribió: Las personas "que deben ocuparse de los pobres incurables... deben estar preparadas, si la obra es de Dios, para sufrir con alegría toda clase de cruces...; lo primero que debe hacerse en esta casa será plantar allí una cruz". Lo primero que hay que hacer en esta casa es plantar una cruz... Es **el primer mueble** que se colocará allí" (C 33).

Montfort no se contentó con contemplarse a sí mismo o con hacer que la gente amara a Jesús crucificado a través de la veneración de la Cruz de la Misión o del crucifijo. En primer lugar y, sobre todo, veía **en cada persona que sufría y en cada pobre** "la imagen viva de Jesucristo" (C 17, 14). (C 17, 14). Los pobres, decía, **"son el mismo Jesucristo"** (id). Toda su vida les dio un afecto y una atención especial. Una noche, durante una misión, al encontrarse con un leproso en la calle cubierto de úlceras, dio el primer paso hacia él, le habló. Luego lo levantó, lo puso sobre sus hombros y caminó hasta la casa de la misión. Al encontrar la puerta cerrada, pues era tarde, llamó, gritando varias veces: "Abran a Jesucristo, abran a Jesucristo" (4).

Al final, Montfort tomó al pie de la letra y vivió la **Palabra** de Jesús: "Si alguien quiere seguirme...». Como misionero, invitó a los cristianos a hacer lo mismo. No dejó de lado ninguno de los aspectos más amargos del Evangelio, porque mantuvo constantemente sus ojos fijos en el que los había dictado, **Jesús crucificado**, su único amor.

Este camino de sabiduría y amor, de cruz y alegría, de santidad y fecundidad apostólica no ha perdido nada de su actualidad.

Jean BULTEAU fsg

Notas

(1) Las referencias a los escritos de Montfort están tomadas de "OEUVRES COMPLETES, Editions du Seuil, Paris, 1966, usando las siguientes abreviaturas:

C: Cartas

ASE: Amor de la Sabiduría Eterna

AC: Carta circular a los Amigos de la Cruz

SM: El secreto de María

VD: Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen María

CT: Cánticos.

(2) H. BOUDON: Les Saintes Voyes de la Croix, París, 1769, p. 66.

(3) Cf. Documentos e investigaciones, IV, Charles BESNARD: Vie de M. Louis-Marie Grignon de Montfort, Centro Monfortiano Internacional, Roma, 1981, p. 147.

(4) Idem p. 114.